

guan la gran victoria alcanzada aquí, como en otras partes, por el cristianismo naciente. 1 Pero esta victoria ha costado sangre muy noble, y ¿cómo pasar de Spoleto sin rendirle homenaje?

El año 175, toda la ciudad estaba en movimiento; un mártir era conducido al pretorio, para serlo luego al suplicio. El juez espera sentado en su tribunal, rodeado por los lictores. El acusado se llama Póncio y el juez Fabian. El interrogatorio es corto y brutal: «¿Eres cristiano?—Sí.—Sacrifica.—No.—Que le azoten con varas.» El cuerpo del mártir quedó convertido en una llaga.—¿Dejarás de atacar á los dioses del imperio?—No.—Que le hagan andar descalzo sobre carbones encendidos. Y el Santo anda sobre ellos sin sufrir, como si anduviera sobre un verde césped.—Respeto la religion de los antepasados.—Es una fábula vergonzosa.—Que se le extiende sobre el caballete. Y el mártir es extendido con cuerdas pasadas por poleas y apretadas con una doble vuelta.—Sacrifica.—No sacrificaré. Y le desgarran las costillas con uñas de fierro y no muere. El juez, viéndose vencido, oculta su vergüenza mandando al héroe al fondo de un calabozo oscuro en donde los ángeles, brillantes de luz, van á consolarle.

El día ha reaparecido; Fabian quiere que el sol, testigo de su derrota de ayer, ilumine su triunfo de hoy. Sube á su tribunal, más amenazador que la víspera; el pueblo es más numeroso, más ávido del drama sangriento. Hé aquí la víctima.—Sacrifica.—No.—Que se le esponga á los leones; y se dejan oír largos rugidos con los cuales los reyes de los animales saludan al vencedor de los demonios y de los Césares. El juez vuelve á asir su víctima y la inunda con plomo derretido. ¡Vanos

1 Véase á Ughelli, *de Orig. christ. Relig. Spoleti*, t. 1, p. 1,250; y á Ferdin. Campello, *delle Storie sacre di Spoleti*, lib. IV, p. 103.

suplicios! Entónces la espada del confector consume el holocausto. El mártir muere, pero ha vencido. Júpiter, tus templos están quebrantados; juez, tu poder ha caído en desprecio; lictores, vuestros haces se han roto; confectores, vuestra hacha y vuestra espada se han mellado; algunos golpes más, y quedarán inservibles, se escapan de vuestras manos, y los hijos y las hijas de las víctimas las recogerán como instrumentos preciosos. Mucho tiempo despues de que no existais ya, las enseñarán á los viajeros como un doble monumento de vuestra impotente crueldad y del valor victorioso de sus nobles antepasados. 1

En medio de suplicios no ménos atroces, murieron para cimentar el cristianismo en Spoleto, el sacerdote Concordio, los obispos Félix y Sabino, los simples fieles Exuferancio, Marcelo, Venústio, su mujer y sus hijos. Del fondo de los altares brillantes de oro y de mármol, en donde les honra una piedad quince veces secular, los mártires continúan velando sobre la ciudad que han conquistado. Los turistas pasan como admiradores de la puerta de Anibal, pero ignoran ó desdeñan aquellos monumentos augustos que recuerdan hechos muy más célebres que la derrota del general cartaginés. Así se viaja cuando no se tiene más que un ojo.

Más allá de Spoleto, ved las *Vene*, que nos ofrecen el templo consagrado en otro tiempo al rio Clitumno y hoy cambiado en oratorio, sin perder su nombre primitivo. En fin, llegamos á Foligno. El *Fulgium* de los Romanos es hoy una pequeña ciudad coqueta, sentada graciosamente en el

1 Bar. An. 175, n. VII, in *Annot. ad Martyr.*, 19 de Enero.—En el anfiteatro fué donde el pueblo ébrio con la sangre de los gladiadores, pidió á los cristianos para víctimas; sus deseos fueron órdenes. Este fué el principio de la persecucion de Spoleto. Véase á Bosio, *Rom. subter.*, t. 1, p. 125.

y señora de todas las Iglesias, que desde lo alto de vuestras reales colinas iluminais los cuatro confines del mundo y manteneis el orden y la vida en el mundo de las inteligencias, á la manera con que el sol desde el cielo ilumina toda la naturaleza y mantiene la armonía entre los astros del firmamento!

Alaben otros vuestro antiguo origen, el poder de vuestros ejércitos, la magnificencia de vuestros edificios, la multitud de vuestras riquezas, la belleza de vuestras obras maestras, la majestad de vuestras ruinas; en cuanto á mí, os alabo, porque sois la columna de la verdad, el baluarte de la fe, la bienhechora de los pueblos, fuente de su civilizacion, la salvacion de sus libertades, la brújula de la humanidad, el depósito de todos sus títulos de nobleza, el asilo de todos los infortunios, la guardiana respetuosa de todas las ruinas vivientes ó muertas, la patria de todo aquel que cree, de todo aquel que ama, la tumba misteriosa de tres millones de mártires, el relicario brillante en donde descansan las dos glorias más grandes del mundo, Pedro y Pablo. Dichosa con poseerlas y más dichosa aún con devolverlas algun día al cielo, á la vista de los ángeles y de los hombres, ¡qué espectáculo presentareis en aquel gran día, e último del tiempo y el primero de la eternidad!

Del seno de vuestras catacumbas, inmenso sepulcro que protege vuestro amor maternal, del seno de esta caja gloriosa que abrigan las bóvedas doradas del primer templo del universo, se verán salir resplandecientes de luz Pedro y Pablo seguidos de un pueblo de héroes, y todos juntos, con las manos adornadas con las palmas de la victoria se dirigirán al encuentro del soberano Juez. ¡Qué rosa, qué corona enviareis al Cristo vencedor! Más bella entónces mil veces, que en los días de vuestros triunfos, la tierra y los cielos

unirán sus voces para proclamaros toda vía la reina de las ciudades. Hé ahí por que os alabo. 1 Y como sois mi madre, la madre de mis abuelos, de mis hermanos y de mis hermanas en la fe, por remoto que esté el siglo y por lejano que sea el clima en que hayan vivido, yo os amo, os bendigo, siento dejaros; como prenda eterna de mi reconocimiento, de mi respeto y de mi piedad filial, recibid este último adios.

29 DE MARZO.

Salida de Roma.—Civitá Castellana.—Recuerdo de Macdonald.—Otricoli.—Narni.—Catedral.—Sepulcro de San Cásio.—Recuerdo del emperador Nerva.—Terni.—Recuerdo de Tácito.—Combate del general Lemoine.—Mártires.—Cascada *delle Marmore*.—La Somma.—Spoleto.—Recuerdos paganos y cristianos.—Foligno.—Casa Pia.—Catedral.—El Santo mártir Feliciano.

Acompañados de algunos amigos bajamos á la plaza de Monte Gitorio en donde nos esperaba el coche. Todo el mundo estaba triste y silencioso porque en todo país nada se parece tanto á un entierro

1 Ego Roman propterea diligo..... Ob id illam beatam praedico quod erga illos Paulus dum viveret adeo fuit benevolus, adeo illos amavit, coram disseruit, et postremo vitam apud eos finivit. Unde et civitas ista hinc facta est insignis plusquam á reliquis omnibus, et quemadmodum corpus magnum ac validum duos habet oculos illustres, sanctorum videlicet illorum corpora. Non ita coelum splendet quando radios suos sol ex sese dimit quemadmodum Romanorum urbs duas illas lampedes ubique terrarum effundens. Hinc rapietur Paulus, hinc Petrus: considerate et horrete, quale spectaculum visurra sit Roma, Paulum videlicet repente ex theca illa cum Petro resurgentem in occursum Domini sursum ferri. Qualem rosam Christo mittet Roma! qualibus coronis duabus ornatur urbis ista! qualibus catenis aureis cineta est! quales habet fontes! Propterea celebros hanc urbem, non propter copiam auri, non propter columnas, neque propter aliam phantasiám, sed propter columnas illas Ecclesiae.—D. Chrys., *In epist. ad Rom.* Homil. 32.

como la partida. En Roma casi sucede lo mismo; y no sé si habría tomado mi lugar en el fatal vehículo sin la segura esperanza que me alentaba diciéndome á mí mismo: Tú volverás. Salimos por la puerta del Pueblo, atravesamos rápidamente el desierto y muy pronto tocamos á *Civité Castellana*. Bajo este nombre moderno reconoced á la antigua *Falisca*, tantas veces mencionada en la historia primitiva de Roma. Esta pequeña ciudad, rodeada de profundas barrancas cubiertas de arbustos, presenta un golpe de vista muy estimado de los artistas. El puente, de cincuenta metros de elevación, puesto sobre el Rio Magiore, anima el paso que completan las altas murallas de la ciudadela. *Civité Castellana*, es como *Falisca*, una de las llaves de Roma. De aquí el triste privilegio de haber visto muchas veces desde su origen sus fosas obstruidas de cadáveres y sus baluartes inundados de sangre. El último espectáculo de este género se remonta al 4 de Diciembre de 1799, cuando Macdonald, á la cabeza de ocho mil franceses, destrozaba en pedazos á cuarenta mil napolitanos, mandados por el general Mack.

Otricoli, la antigua *Otriculum*, situada en una graciosa colina, vino en seguida á animar la soledad del valle y á cortar la monotonía del camino. El puente *Felia*, puesto en el Tiber á una pequeña distancia, recuerda la brillante victoria alcanzada en 1799 por los franceses sobre las tropas napolitanas.

Narni, la Narnia de los Romanos, es todavía una fuerte posición. Pudimos visitar el puente de la Nera, construido, según la tradición, por el emperador Augusto, y la catedral cuya crypta presenta gran interés. El cristianismo predicado en la Umbría por los Apóstoles en persona ó por sus enviados, se conservó allí por una larga sucesión de mártires y de pontífices.

1 En el número de estos últimos Narni tuvo la dicha de entrar á San Cásio, que floreció bajo Justiniano. Después de veinticuatro años nueve meses y diez días de episcopado, el glorioso Pontífice bajó al sepulcro que él mismo se había preparado. Este sepulcro está á la entrada de la crypta. Se ve en el centro una gran cruz y en las dos extremidades dos ángeles de relieve que se miran; en el campo se lee la inscripción siguiente, que se atribuye al mismo santo:

Cassius, immerito praesul de munere Christi,
Hic sua restititio terrae mihi credita membra,
Quum fato anticipans consors dulcissima vitae
Ante meum in pace requisit Fausta sepulcrum.
Tu, rogo, quisquis ades, prece nos memorare benigna,
Cuncta receperunt te noscens congrua factis.

«Yo, Cásio, jefe sin mérito por gracia de Cristo, restituí aquí á la tierra sus miembros que me confié, supuesto que anticipándose Fausta, la dulcísima compañera de la vida, descansó en paz ante mi sepulcro. ¡Oh, tú quien quiera que esteis presente! acuérdate de nosotros con benignas oraciones, teniendo entendido que recibirás la recompensa de tu caridad.»

Narni dió la existencia al emperador Nerva; pero ningún monumento consagra el recuerdo del señor del mundo. Sin embargo, el viajero católico no podría ver la patria de este buen príncipe sin ofrecerle un tributo de reconocimiento. El fué quien hizo cesar la viudedad de la iglesia de Efeso y quien colmó de alegría á todos los cristianos, llamando al discípulo muy amado de la isla de Pathimos, á cuyo lugar le había relegado el cruel Diocleciano.

Seguimos las orillas del Nera, limitadas á un lado por llanuras cubiertas de olivos y por otra por las cimas cubiertas de los Apeninos, sobre las cuales se dibujan blan-

1 Véase Ughelli, *Italia sacra*, t. 1, p. 1007, Papabrock, t. 1, act. 35, mensis maii, p. 386; Jacobelli, *SS. dell' Umbría*, edit. Ann. 1647.

feliz que nosotros, va á prestarnos sus ojos y su pluma y á decir lo que ha visto, lo que se ve todavía hoy cada año, á pesar de la indiferencia que yela al mundo. «Qué espectáculo el de aquella tropa de quince mil, veinte mil peregrinos, que llegan de todas las partes del mundo y acampan en la llanura dos ó tres días antes de la hora santa! Muchos pueblos no están más que débilmente representados en aquella santa cita de indulgencia, en donde se contaban en otros tiempos cien mil personas; pero los italianos han permanecido fieles.

«Allí debe vérselos con sus trajes tan graciosos y tan variados. Ya son los campesinos de la Toscana, los más aseados, sobre todo las mujeres con su vestido corto, siempre azul ó escarlata sin mangas, sus cabellos ordinariamente blondos, atados en redondo detrás de la cabeza, sus sombreros de paja y las largas cabelleras de cintas de diversos colores que flotan á su alrededor. Ya son los montañeses de la Umbría y de los Abruzos con sus bragas ajustadas, sus gabanes grises, sus anchos sombreros y aquel calzado de gruesa tela y de cuero atado con cordones, las mujeres con su tocado tan rico, aunque grosero y sencillo, de tela blanca ó de color, su corpiño de terciopelo verde ó rojo bordado de negro; sus enaguas largas de mil pliegues y su manteleta, larga pieza de paño comunmente rojo ó azul, bordada de algún color vistoso y con la cual se envuelven de una manera pintoresca. En esta fiesta popular es donde el pueblo italiano aparece realmente pueblo rey, rey de la gracia, de la poesía, del arte; este reinado vale por todos los demás.

«Muchas millas á lo largo de todo el camino de Perugia á Spoleto, los comerciantes levantan sus tiendas y en ellas se venden víveres, telas, y sobre todo rosarios, medallas y otros pequeños objetos de devoción. Cada quien quiere llevar un re-

cuerdo, una prenda que debe llenar de encanto los abrazos de la vuelta al hogar.

«El día se consagra comunmente en visitar la basílica de Asís, el sepulcro de Santa Clara, San Damian, todos los santuarios venerados de aquel paraíso del Apenino; pero las bandas piadosas, entonando cánticos, gustan sobre todo de ir á orar á la humilde y muy antigua capilla *delle Carceri*, soledad querida de San Francisco. Por la tarde, después que cada uno ha comido en familia, porque hay familias enteras, ó con los compañeros de viaje, unos descansan de su viaje, otros cuentan edificantes historias, algunos cantan acompañándose con instrumentos de sus países. Bajo el cielo de Italia, durante aquellas noches de estío tan serenas, los ángeles bajan á la tierra y recogen, para presentarlas á Dios, aquellas alegrías llenas de esperanza y aquellos resignados dolores. Las puertas de la iglesia permanecen siempre abiertas y más de treinta confesores se ocupan en cuidar y curar las heridas del alma.

«El interior del convento presenta el aspecto de un gran parador de Oriente, en donde se ha detenido una numerosa caravana. Todos los buenos campesinos de los alrededores, que más de una vez han acogido al hermano colector, bajan de las montañas y van á pedir á su vez una hospitalidad que ellos nunca han negado. Por otra parte, el convento es por excelencia la casa del pueblo; allí se establece como en su casa. En el patio pone su asno y su caballo, y se acuesta tranquilamente en los corredores, en los claustros y en los pedanales de las escaleras.

«Entre tanto, la campana del *Sagrado Convento* da la señal solemne de que el día del perdón se abre en el cielo y en la tierra. Todos los religiosos de San Francisco desfilan en largas procesiones en el camino de Asís; el obispo sigue con el clero

á todos los grandes personajes eclesiásticos y magistrados. Las puertas de Nuestra Señora de los Angeles se abren con ceremonia y el pueblo se precipita al templo con una pasión, un delirio de que es difícil formarse una idea. Ya son invocaciones, ya cánticos, ya lágrimas. Cada uno, á su modo, atestigua á María, reina de los ángeles y de los hombres, su amor, su respeto, su reconocimiento; es imposible no estar profundamente conmovido con un espectáculo semejante. 1

Asís nos presentó á cada paso los recuerdos de San Francisco. Visitamos sucesivamente la iglesia y el monasterio de Santa Clara, primera abadesa de las Clarisas, y cuyo cuerpo descansa bajo el altar mayor, rodeado de frescos del Giotto; á San Damian, en donde vimos la puerta amurallada desde la cual Santa Clara, armada con el Santo Sacramento, rechazó á los Sarracenos, ya dueños de la ciudad, y el convento y la doble iglesia de San Francisco.

Con gran disgusto nuestro no pudimos dar más que una rápida ojeada á aquella perla de la Italia, porque aquí está la obra maestra de la escuela Umbriana y el verdadero santuario del arte católico. El convento, con sus maravillosos claustros y su refectorio, el más soberbio de los refectorios, corresponde en sus proporciones y en sus frescos de Adone Domi y de Solimeno á la magnificencia de la iglesia. La iglesia misma es una epopeya que traza la vida del santo en su doble faz del tiempo y de la eternidad. La iglesia inferior, imagen de Francisco en la tierra, respira la tristeza, la pobreza y la penitencia. En las divisiones de la bóveda del crucero veis los inseparables compañeros, ó por mejor decir, la personificación del glorioso patriarca, la santa pobreza, la santa obediencia, la santa castidad, y más arriba la

1 Vie de San Francois, c. XI, passim.

glorificación de Francisco sentado en un trono de oro, radiante de luz, revestido con la rica túnica de diácono y rodeado de los coros angélicos que celebran su triunfo. La vista admira aquellas obras maestras, el corazón ruega ante aquellas figuras y el espíritu pregunta quién fué el autor de aquellas páginas inspiradas.

En 1250 estaba en Asís el patriarca de la pintura, Cimabue, pintando las grandes figuras byzantinas de la iglesia superior. Un día, paseándose por el campo de Vespigniano, encontró un pastorcito que dibujaba en una piedra plana una oveja de su rebaño; éste era el rey futuro del arte católico, y se llama Giotto. En la plenitud de su inimitable talento ha pintado con amor filial las grandes figuras, ante las cuales seis siglos han quedado mudos de admiración. Giotto, por su parte, superior á Giotto tal vez en la forma, la armonía y el sentimiento, ha depositado el tributo de su génio en la historia de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, que adorna el crucero recto de la iglesia inferior. Estéban Fiorentino, Puccio, Capanna, Buonamico, Buffalmacco y muchos otros han venido á escribir algunas líneas en este gran poema. Uno de ellos expresaba así el pensamiento de todos: "Nosotros los pintores, al trabajar en este santuario de las bellas artes, no nos ocupamos de otra cosa más que de hacer santos y santas sobre las paredes y los altares, á fin de que por este medio los hombres, con gran pena de los demonios, sean más inclinados á la virtud y á la piedad." En horabuena; hé ahí á los artistas comprendiendo su misión, la misión del génio.

La iglesia superior, brillante, luminosa, imagen de Francisco en los esplendores de la eternidad, forma un hábil contraste con la iglesia inferior. Cimabue pintó allí á los cuatro doctores, San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio, y San Gerónimo,

risueño valle de la Umbría y regada por el Clitumno, el Lapino y el Maroggia. Ella ofrece á la curiosidad del viajero su *Casa Pia*, muy bello establecimiento destinado á recoger á las niñas vagamundas, y su majestuosa catedral, algo deteriorada por el temblor de tierra de 1832; sus iglesias de los Franciscanos y de los Agustinos, así como el convento de las Condesas en donde se encontraba, antes de ser trasladada á Roma, la famosa madona de *Foligno*.

Aquí también seguimos á la Iglesia primitiva por la huella de su sangre. La irradiación de la verdad, cuyo foco estaba en Roma, se hizo sentir en Foligno desde los tiempos apostólicos. El año 192, el Papa Víctor mandaba allí un obispo para que cuidara de aquella cristiandad naciente, es decir, un pastor que debía defender á precio de su sangre á los corderos recién nacidos en el divino rebaño; este obispo se llamaba Feliciano. Después de once años de trabajo llegó á ser el santo prelado un glorioso mártir. Inmolándole Séptimo Severo á su ciega crueldad, pudo lisonjearse de haber afirmado la fe de aquel joven rebaño. La sangre del pontífice será un grano de semilla, y de este grano, reunido á tantos otros, saldrá una cosecha que en vano intentarán reducir á nada los señores del mundo. Nos consolamos de no poder honrar sus reliquias al pensar que la Francia tenía la dicha de poseerlas. Fueron trasladadas á Metz en 969 por el obispo Teodorico, bajo el reinado del emperador Oton.

1º DE ABRIL.

San Francisco de Asís.—Spello.—Santa Marta de los Angeles.—Indulgencia de la Porciúncula.—Fiesta.—Asís.—Iglesia y convento de San Francisco de Asís.—Vuelta á Foligno.

Estábamos muy cerca de Asís para no visitar este paraíso del Apenino, este Eden

de la Edad Média, de donde salió uno de los hombres más maravillosos que la Providencia ha empleado alguna vez en la regeneración del mundo; ya he nombrado á San Francisco de Asís. Seiscientos años han pasado desde la aparición del Seráfico; y como un dulce perfume, su recuerdo embalsama todavía todos aquellos valles, aquellas montañas, aquellas ciudades, aquellas aldeas, aquellas soledades de la Umbría. Cuando se está en el camino que él recorrió tantas veces descalzo con la cuerda en la cintura y el tosco sayal en el cuerpo, parecen oírse alrededor los ecos que repiten las palabras que fueron dirigidas al nuevo caballero de Jesucristo, al esposo de la santa pobreza, al futuro sostén de la Iglesia vacilante. Era uno de los primeros años del siglo décimotercio tan fecundo en milagros de santidad, de génio, de heroísmo. Francisco se paseaba meditando en el campo y pensaba alistarse en las tropas de Gautier de Brienne, que marchaba contra Nápoles. Repentinamente oye una voz que le dice: "¿Qué haces, Francisco? Ve y repara mi casa, que como ves, está en ruinas." 1 Francisco cae de rodillas, pero impidiéndole su humildad entender el alcance sublime de aquellas divinas palabras, las toma en un sentido material. Parte inmediatamente para Foligno, vende allí hasta su caballo y lleva el precio de él al sacerdote Pedro, guardián de la vieja iglesia de San Damian, conjurándole á que lo emplease en la restauración de su iglesia. Nosotros estábamos en los mismos lugares en donde todo esto pasaba.

Ya llegábamos á Spello, distante cuatro kilómetros de Foligno. Esta pequeña ciudad, llena toda de antigüedades romanas,

1 Corporeis audivit auribus ter dicentem: "Francisce, vade, et repara domum meam quae, ut cernis, tota destruitur." S. Buenaventura, *Vita S. Fr.*, c. II.